

## Carta de Estados Unidos. Derrida y los «teóricos»

*Wilfrido H. Corral*

Si se puede argumentar que algunos autores norteamericanos como el gran y «Nobelizable» Philip Roth y Paul Auster son casi ídolos nacionales en Francia y no en su país, es igualmente factible creer que el crítico Jacques Derrida es un monumento profético en Estados Unidos. Un día después de la muerte en octubre del autor de *La escritura y la diferencia*, el *New York Times* publicó una larga (y crítica) nota necrológica sobre él, no sólo una vez sino también otro día, en las ediciones locales y nacionales. Casi inmediatamente, en una universidad estatal californiana en la cual Derrida era un profesor visitante frecuente, se estableció una página *web* de homenaje al fallecido teórico con el título «Remembering Jacques Derrida». Nunca se confirmó (avatares del relativismo) si «Jackie», como lo llamaba su madre en el documental sobre él, quería definirse como teórico, ya que la mayoría de las veces insistió en que era filósofo, y nunca dijo que era «crítico literario». La fluidez epistémica, como dirían sus émulos de tercera categoría, no fue suficiente para evitar que éstos convirtieran el homenaje en protesta contra la «falta de respeto» del periódico. Hasta fines de año, cuando escribo esta carta, han fijado su adhesión en esa página digital unos cuatro mil doscientos signatarios. Una revisión somera de los firmantes y su trasfondo revelaría que, si recuerdan a Derrida, probablemente no lo han leído. Peor aún, es bastante aparente que esos sospechosos de siempre no han leído lo que leyó Derrida, o a lo máximo han hojeado un libro sobre un libro sobre el propagador del relativismo de entresiglos.

¿Por qué se puede manifestar lo anterior con seguridad y sin el menor sentido de caer en revisiones subjetivas? En un año en que el mundo anglosajón transatlántico celebró, justamente, la publicación de dos novelas basadas en la vida de Henry James, cuestionó por qué los candidatos para el National Book Award en ficción fueron cinco mujeres, todas de Nueva York, y no supo qué decir de la correspondencia de Isaiah Berlin, la muerte de Derrida se transformó, como otra entrega de

*The Matrix*, en un atentado contra la teoría. Si en un momento Derrida fue una especie de sinécodque para lo que se entendía por teoría, los excesos de la deconstrucción que propagó se ocuparon de crear otros pleonasmos o despilfarros interpretativos, y con la muerte de Edward Said en el mismo año, la hegemonía de la teoría ha comenzado a debilitarse. En todo ese ambiente, aunque recibió similar paliza, se tiende a olvidar que en el 2004 Terry Eagleton publicó su *After Theory*, mea culpa a medias que nadie ha visto como honesto, objetivo, o incluso como zarpazo de ahogado. Es decir, el año 2004 sirvió para que, astutamente, los teóricos convirtieran el giro conservador del país como el marco que amenaza a su quehacer, no como un momento para hacer un sano examen de conciencia.

La realidad es que la teoría siempre estará con nosotros, y debe ser así, no sólo porque, como disciplina, los estudios literarios deben tener el derecho de aproximarse a la literatura en maneras que no les gustan a los autores convencionales y críticos puristas. La realidad, y me perdonarán el término, es que la necesidad teórica siempre ha sido defendida sabiamente por comparatistas políglotas hoy considerados «tradicionales» o «conservadores» como René Wellek, desde fines de los años treinta, y mucho antes de que escribiera con Austin Warren su seminal *Teoría literaria*. Hacia el fin de su vida Wellek escribió un artículo con el título «La destrucción de los estudios literarios» (1982), y uno de los protagonistas del descalabro que vislumbra Wellek es la obra de Derrida. Cuarenta y un años antes, en una revisión de un artículo sobre la historia literaria que escribió originalmente para el Círculo Lingüístico de Praga, Wellek manifestaba que el desarrollo de la literatura no es un espejo de la historia de la filosofía. No debe sorprender que cuando un buen número de profesores de Cambridge University protestó por el doctorado *honoris causa* que esa institución terminó otorgándole a Derrida, argumentos similares a los de Wellek surgieron de los filósofos y literatos que se opusieron.

Si esa es la historia verdadera, las quejas contra el «mal trato» que sufrieron Derrida y su obra al morir el crítico (ya antes, y como sabemos, se anunció la muerte de la novela y la del autor, fallecimientos prematuros, como seguimos viendo) sirven para mostrar la intolerancia de los modistas de la teoría. El sitio *web* afirma la fe de los resentidos en la obra del teórico y rechaza el tono de la nota del *New York Times*, que consideran una blasfemia. Diferente del obituario, el elogio de Derrida y su influencia por los manifestantes es monolítico y absoluto, y frecuentemente no instruido. Si esas condiciones sugieren que los anuncios

de la «muerte de la teoría» son prematuros, tampoco son objetivos, por varias razones. En una de las muchas cartas rechazadas por el *New York Times* que incluye «Remembering Jacques Derrida», Gayatri Spivak hace una defensa pomposa del teórico, sin mencionar el interés creado de haber sido su primera traductora importante al inglés (versión que revisó posteriormente), y promulgadora de las ideas posteriores del francés. Judith Butler, aparte de compartir con Derrida y Spivak una ampulosidad que les ha hecho merecer premios a la prosa más incomprensible, pone por los cielos a su mentor estilístico en una nota del *London Review of Books*. Se aprecia el sentimiento humano que puede haber detrás de esa solidaridad, pero no sirve para poner en perspectiva la contradicción de que los derrideanos exigen objetividad a otros y no la practican ellos mismos, ni se molesten con estar de duelo por la muerte de teóricos que no piensan como ellos. El sitio es «democrático», porque incluye adhesiones de alumnos de postgrado que simplemente obedecen el llamado «teórico» del momento y de académicos conocidos, pero más que democracia transmite autodefensa y la inseguridad del que no está convencido del valor de lo que hace, y por ende reacciona con agresión.

En el obituario que publicó *The Economist* se termina diciendo que recientemente Derrida se estaba dedicando a la política y a la religión, y que este último giro estaba atrayendo a varios especialistas en teología y estudios religiosos. «Dios los bendiga», concluye la revista londinense, casi sin ironía. ¿Y qué de la muerte de las teorías, y por qué relacionarla a la de Derrida? Es entonces cuando entra Eagleton en el proscenio de los sucesos «literarios» memorables del año 2004. También sabemos que hace veinte años el crítico irlandés publicó esa minibiblia llamada *Literary Theory* (1983), que pronto fue traducida a varias lenguas y sigue siendo, en su versión revisada y algo aumentada de 1996, un éxito de ventas. En *After Theory*, publicado a finales del 2003 pero disponible en el 2004, el prolífico Eagleton (a principio del 2005 ha sacado *The English Novel: An Introduction*) se convierte en alarmista y recicla un patrón que se encuentra en todos sus libros teóricos: su gran aprecio de todo elixir anómalo de magia interpretativa y populismo cultural producido por abastecedores de teoría literaria en la cima de sus poderes, y su entendimiento incondicional de las relaciones profundamente subjetivas entre los públicos y sus críticos favoritos. Eso sí, su aprecio es patente (y ciego) sólo si las teorías que analiza pasan la prueba de fuego de adherirse al marxismo. De lo contrario, Eagleton tiene poco nuevo que decir, y no sorprende que en su libro de

1983 diga que el discurso, tal como lo entiende la deconstrucción, «sólo permite conocer el propio discurso y no la verdad».

En *After Theory* el marxismo sigue teniendo el privilegio y monopolio de la verdad, y todas las otras teorías han resultado ser una gran mentira. Si, por un lado, el Eagleton de hoy muestra que para él la media vida de la teoría literaria parece durar veinte años, también quiere curarse en salud y mantener su hegemonía interpretativa al proponer, convenientemente, el remplazo de la teoría literaria con la «teoría cultural», en que ve la salvación de la cultura de Occidente. En una nota sobre el libro de Eagleton, Elaine Showalter —nada reacia a la teoría feminista pero ahora otra de los convenientes arrepentidos que quieren volver a la literatura (véase su *Teaching Literature*, del 2003)— afirma que el epitafio que escribe Eagleton para las posiciones que mantuvo anteriormente no llega a confrontar las preguntas que surgen desde dentro y fuera de los estudios literarios. Showalter se pregunta «¿por qué no es la literatura, en vez de la teoría, el mejor lugar para pedir ayuda sobre la moralidad, el amor, la maldad, la muerte, el sufrimiento y la verdad, entre otras cosas?» [Véase «A Champion of Cultural Theory?» *The Chronicle of Higher Education*, January 23, 2004, p. B9.] La mayoría de las reseñas del nuevo tratado de Eagleton ha sido negativa, y se concentran en cómo este marxista empedernido ha convertido la teoría en, vaya sorpresa, un negocio lucrativo.

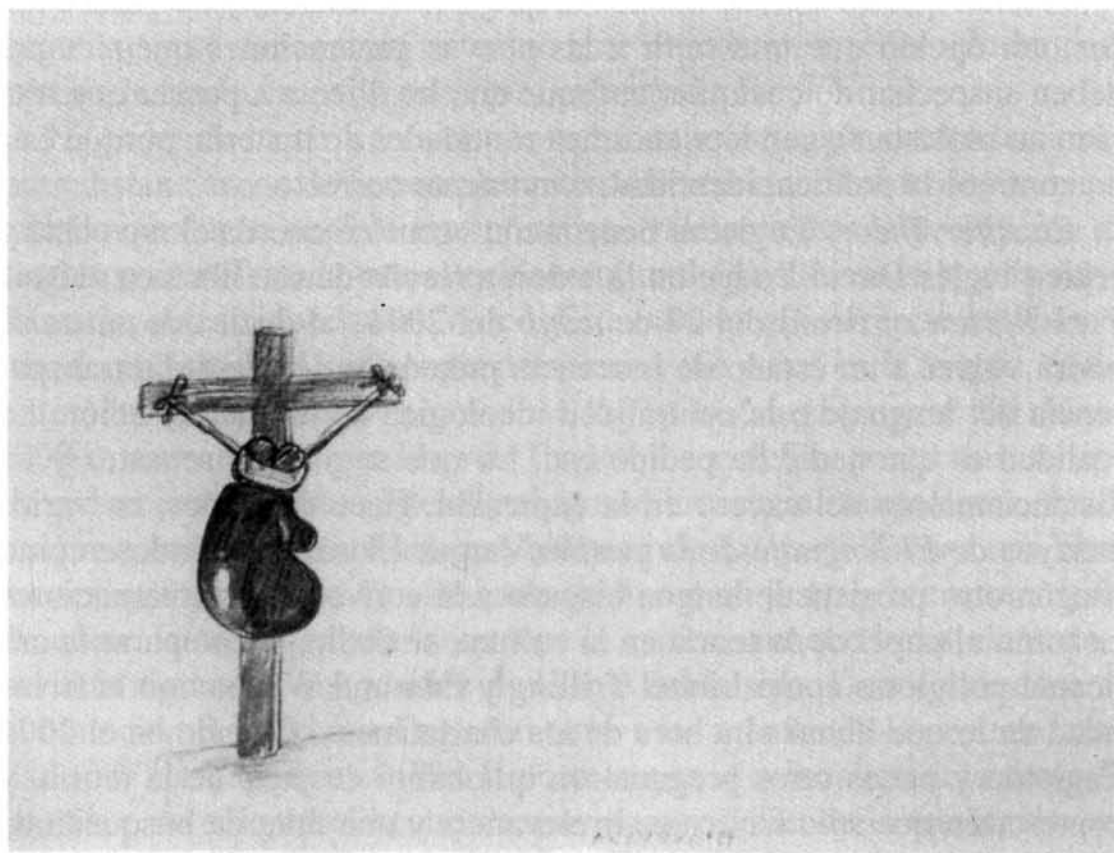
Si es verdad que necesitamos a los marxistas sin contradicciones para distanciarnos de la complacencia de creer que las ideologías capitalistas conducen al cielo interpretativo, vale escuchar la percepción de Eagleton manifestada por el crítico cultural (en su caso sí queda corto llamarle «literario») James Wood. Este, tal vez el intérprete inglés reubicado en Estados Unidos más perspicaz y sin pelos en la lengua, como autor del genial *The Irresponsible Self: On Laughter and the Novel* (2004), asevera que este libro de Eagleton «se define por el mismo tipo de reducción de gastos intelectual, grandilocuencia campechana, apuro vulgar e incoherencia final que hicieron de *Literary Theory* una obra mencs que acabada». Eso después de hacer un justo y breve recorrido de cómo la teoría ha almidonado a la crítica, aunque la ha alentado a ser más rigurosa y autocrítica de lo que había sido. Concentrándose en el conocido fastidio que Eagleton tiene a las manías de la postmodernidad (por ser «apolítica») Wood postula que «La incoherencia de su libro yace no sólo en el hecho de que ataca y defiende la teoría, sino en que hace ambas cosas por salvar una especie de teoría original o sin mancha de su decadencia contemporánea». Si gran parte de la culpa

que sienten los recientes teóricos arrepentidos será corregida por mayor atención a una ética cómoda, Wood señala en conclusión que Eagleton sólo puede ver esa ética en terminos marxistas, de la misma manera en que ve la teoría sólo como un logro de la izquierda de los sesenta.

En el artículo mencionado arriba Wellek advierte contra lo que hoy se llamaría interdisciplinaridad en las ciencias humanas, moda en la que se incluye Eagleton. Como dice Wood, la paradoja del crítico es que parece que sólo puede enseñarnos por qué necesitamos la teoría de una manera teórica. Wellek recomendaba que hay que distinguir entre tales tipos de estudio para la interpretación de la literatura, y el uso de la literatura como documento para el estudio de la historia de la civilización o la filosofía, religión, sociedad, etc. [Véase «Literary History», Norman Foester et al., *Literary Scholarship: Its Aims and Methods* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1941, 89-130)]. El teórico austriaco pudo tocar la alarma porque ha habido un gran cambio: los eruditos como él *sabían* mucho, tenían un apetito voraz para campos afines a la literatura, y respetaban la seriedad con que hay que acercarse a ellos. Desde entonces cada generación académica parece saber menos y menos, y la actual parece sentir la necesidad de no saber nada que no esté de moda. La queja es conocida, y no parece haber otra opción que transmitir a las nuevas generaciones que siempre deben sospechar de cualquier enfoque que les alienta a pensar que está bien no molestarse con leer enormes cantidades de materia, porque ésta no contiene la política, identidad, o momento correcto.

En *After Theory* Eagleton tiene razón —como recuerda el novelista y crítico inglés David Lodge en la extensa reseña de ese libro en el *New York Review of Books* del 27 de mayo del 2004— al decir que nunca se podrá volver a un estado de inocencia preteórica acerca de la transparencia del lenguaje o la neutralidad ideológica de la interpretación. La realidad es que nadie ha pedido eso. Lo que se pide es sensatez y un distanciamiento del exceso en la expresión. Hace diez años, en varios ensayos de *El lenguaje de la pasión* Vargas Llosa, añadiéndose como ningún otro prosista de lengua hispana a la conversación internacional en torno al papel de la teoría en la cultura, se dedicó a comparar la crítica de políglotas como Lionel Trilling y Edmund Wilson con la frivolidad de lo que llamó «La hora de los charlatanes». Cuando en el 2004 Eagleton y pocos otros preguntaron qué habrá después de la teoría, y contestaron que sólo hay caos, irrelevancia y una falta de búsqueda de absolutos, lo que no discuten es su papel en esa progresión, o el hecho de que su habla es la de los especialistas. Derrida no llegó a arrepentir-

se como Eagleton (recuérdese sus fugas lingüísticas acerca del antisemitismo de Paul de Man). Si cabe preguntarse por qué los estudios literarios creen que el mundo intelectual gira en torno a su otrora orgullosa disciplina (ahora debilitada por varias décadas de mala filosofía, mala historia y mala ciencia social), también vale preguntarse si estas revisiones son un pretexto y otra manera de despreciar al público «profano» (el «Mundo») al que pretenden ayudar. Subir el listón del relativismo mediante esas evasiones tendría la meta de mantener en el armario y socavar cualquier conclusión, sea de 1941, 1982, u hoy, que desafíe exitosamente la ortodoxia integrista de los estudios teóricos, sobre todo en el mundo anglosajón.



*Boxeador crucificado*, 1984, Lápiz s/papel 30 x 40 cm